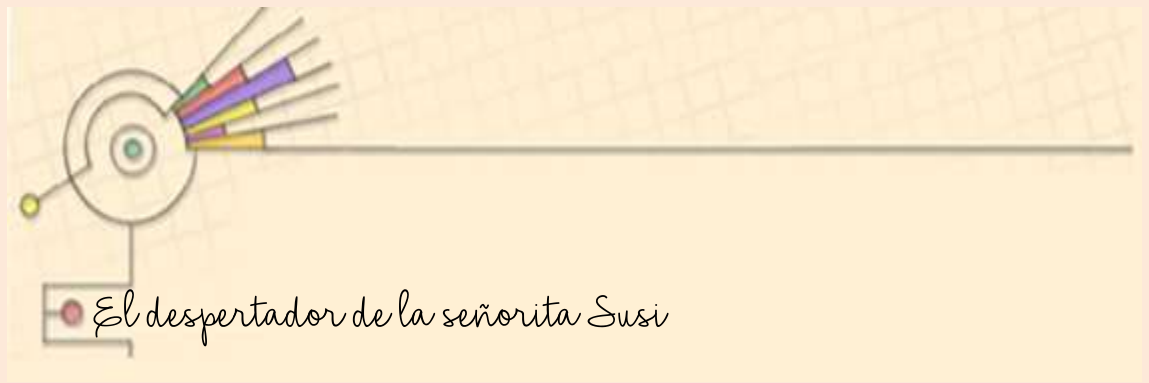


Páginas sueltas

- 1. Introducción
- 2. El despertar
- 3. El despertar
- 4. El despertar
- 5. El despertar
- 6. El despertar
- 7. El despertar
- 8. El despertar
- 9. El despertar
- 10. El despertar
- 11. El despertar
- 12. El despertar
- 13. El despertar
- 14. El despertar
- 15. El despertar
- 16. El despertar
- 17. El despertar
- 18. El despertar
- 19. El despertar
- 20. El despertar
- 21. El despertar
- 22. El despertar
- 23. El despertar
- 24. El despertar
- 25. El despertar
- 26. El despertar
- 27. El despertar
- 28. El despertar
- 29. El despertar
- 30. El despertar
- 31. El despertar
- 32. El despertar
- 33. El despertar
- 34. El despertar
- 35. El despertar
- 36. El despertar
- 37. El despertar
- 38. El despertar
- 39. El despertar
- 40. El despertar
- 41. El despertar
- 42. El despertar
- 43. El despertar
- 44. El despertar
- 45. El despertar
- 46. El despertar
- 47. El despertar
- 48. El despertar
- 49. El despertar
- 50. El despertar
- 51. El despertar
- 52. El despertar
- 53. El despertar
- 54. El despertar
- 55. El despertar
- 56. El despertar
- 57. El despertar
- 58. El despertar
- 59. El despertar
- 60. El despertar
- 61. El despertar
- 62. El despertar
- 63. El despertar
- 64. El despertar
- 65. El despertar
- 66. El despertar
- 67. El despertar
- 68. El despertar
- 69. El despertar
- 70. El despertar
- 71. El despertar
- 72. El despertar
- 73. El despertar
- 74. El despertar
- 75. El despertar
- 76. El despertar
- 77. El despertar
- 78. El despertar
- 79. El despertar
- 80. El despertar
- 81. El despertar
- 82. El despertar
- 83. El despertar
- 84. El despertar
- 85. El despertar
- 86. El despertar
- 87. El despertar
- 88. El despertar
- 89. El despertar
- 90. El despertar
- 91. El despertar
- 92. El despertar
- 93. El despertar
- 94. El despertar
- 95. El despertar
- 96. El despertar
- 97. El despertar
- 98. El despertar
- 99. El despertar
- 100. El despertar



Luego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente irreversibles, investidos de todo el esplendor de su poderío - ataviados no del chándal un poco raído con el que practicaban footing los días de fiesta por la mañana en el parque, ni del batín con borlas y las zapatillas de franela a cuadros con que podía verlos la sirvienta mientras se desayunaban en los días de labor sentados a la mesa de la cocina (eran unos hechos cercanos, familiares, que en la intimidad gustaban de la sencillez y de aspirar los aromas de los fogones en los que se empezaban a cocinar ya de buena mañana platos succulentos un poco, tal vez, en

exceso especiados) sino del traje Armani confeccionado a la medida y de los zapatos italianos reservados para los actos solemnes - todo el mundo quiso arrogarse el protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias, de índole menor - aunque este particular hubo de quedar por lo pronto en suspenso ante las airadas protestas (que se admitieron, por cierto, contra todo pronóstico y en el acta está por si alguien tiene la curiosidad de echarle un vistazo) de los que adujeron que no era a las apariencias a lo que estábamos juzgando - habida cuenta de que consistió en algo tan cotidiano

como lo es (y quién no ha vivido la experiencia alguna vez) el que un despertador no funcione.

No según todas apariencias [por tanto y sí empero por el mucho empeño que pusieron en insistir (porque insistieron, aunque no se reflejó en el sumario por entender que podía resultar reiterativo) los que aducían, ni debido o desencadenado por algo tan genérico "como lo es" (la frase fue repetida hasta la saciedad en todos los idiomas y diferentes tonos, por activa y por pasiva, en los mercados y en los colegios y en las iglesias, por voces tan disonantes cual pudieran serlo las de las vendedoras de tinturas o las de las profesoras de primera enseñanza o las de los chamanes; omitiendo, empero, lo de la experiencia y pasando, asimismo, por alto quién la había vivido y quién no

porque nos hallábamos, no convenía olvidarlo, ante un acontecimiento de trascendencia universal y no era cosa de andar deteniéndose en minucias ni en ésta o aquella anécdota personal) el que un despertador no funcione" sino por algo tan infinitamente más concreto como vino a resultar el serlo el que el despertador personal de la señorita Susi - el despertador de la señorita Susi y no cualquier otro de los despertadores del poblado, ni de la ciudad ni del planeta - se negase a cumplir su cometido justo aquella mañana en que tenía el señor Cremades que pegarse un madrugón de padre y muy señor de la tía soltera de la del tercero, una señora de mediana educación y pocas luces bastante mortecinas por culpa del marido {- tan roñoso, que no consentía en comprar otro tipo

de bombones que no fueran los de licor, pero enormemente generoso a la hora de velar por la buena vista y el mal perder que tenía su esposa; una santa, por otra parte, pero que se irritaba mucho cuando se le extraviaba alguno de los muchos cachivaches que utiliza para verse a su gusto en el espejo del ascensor y, luego en la calle, bien presentada aunque fuera sin grandes ceremonias pero sin sacrificar ni un ápice de las buenas maneras y de la corrección si olvidar (gesto de cortesía tan pasado de moda pero que a ella le encantaba) el intercambiar las respectivas tarjetas de visita -} de su ahijada, criatura delicada y amable que adoraba a la anciana que fuese su benefactora cuando, muy niña, quedó huérfana y esta la acogió bajo su amparo

tratándola como a una verdadera hija para que, luego, resultase que - cuando la joven contrajo matrimonio con un muchacho que prometiera tratarla como a una reina - las cosas dieron un giro de ciento ochenta grados y, la anciana, a la que la recién casada se negó a enviar al asilo, fue confinada por causa de la perversidad de su consorte a la habitación más pequeña y oscura de la casa] y sí y tan sólo según las que a criterio de los convocados a prestar testimonio resultasen más relevantes o, en el caso de tratarse de apariencias baladíes, no fuesen frívolas hasta el extremo de perder la compostura ni las buenas costumbres de modo que colocasen al consejo de ancianos, así las cosas y por causa de su desvergüenza, frente a la tesitura de no poder eludir la obligación de

tildarlas de despreciables y condenarlas, en consecuencia y a su pesar, no a la pena máxima pero sí al más ignominioso de los ostracismos.

- Así que, y por ir concretando y perdone pero usted podrá comprender aun en su cortedad que no disponemos de un tiempo indefinido, ha de inferirse de lo testimoniado que los hechos tardaron en dar la cara; que se escudaron tras una fingida sencillez que indujo, a todos ustedes, a imaginar que no desearían nunca pasar a la historia...

- Oh, no; me temo que no ha entendido usted absolutamente nada. Nosotros no imaginamos tal cosa; nosotros no caímos en la ingenuidad de suponer que nos hallábamos frente a unos hechos humildes a los que fuera a resultar indiferente el

ser o el no ser recordados; nosotros nos dimos cuenta desde el primer momento de que nos encarábamos a unos hechos vanidosos movidos por un enorme afán de protagonismo.

- Pero no me estoy refiriendo ahora a ellos. Lo que estoy diciendo es que ustedes no experimentaron, en aquel primer momento y a juzgar por lo que se desprende del sumario, deseo alguno de pasar a la historia.